

LA FIEBRE DE VIAJAR

LA HIPERMOVILIDAD EN EL TURISMO Y EL OCIO
¿MOVERSE MÁS PARA SER O SENTIR MÁS?

Atrás quedó el verano y, con él, la época en que tradicionalmente más personas aprovechan para desplazarse a lugares diferentes en los que disfrutar del tiempo vacacional. Pero en nuestra sociedad, cada vez más, los viajes de ocio no se acotan a una época: quien puede (cuenta con el dinero y el tiempo necesarios) se organiza durante el año sus escapadas –sea con amistades, en familia, pareja o individualmente– buscando salir de la rutina y tener nuevas experiencias. Junto a ello, este tipo de viajes, además de multiplicarse, tienen como medio de transporte cada vez más habitual el avión, cuyo uso se generaliza dentro del mercado del ocio.

Ciertamente, es difícil estar al margen de esta tendencia, al menos como aspiración, pues todo parece invitarnos a ello: la publicidad, los vuelos baratos, las redes sociales y hasta las conversaciones en los círculos cotidianos:

«¿A dónde os escapáis el siguiente puente?»

«¿Pero nunca has estado en Praga? Tienes que ir.»

«He volado a Malta este finde por 25 euros».

Frases como estas no resultan extrañas, porque el estilo de vida que subyace a ellas está ya bastante normalizado. Incluso se ha introducido en nuestra cultura la idea de vincular viajes, disfrute de la vida y autorrealización personal. Como si tu vida fuera más plena, o valiera más, por el mero hecho de viajar. Y cuanto más nos movamos, mejor.

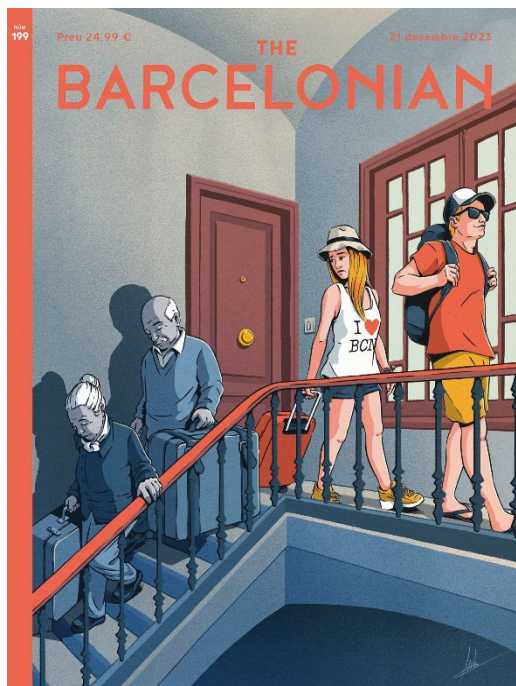
Proponemos reflexionar un poco sobre esta dinámica, porque no es inocua, sino que tiene consecuencias a nivel personal, social y ecológico.

Pensemos primero en el **nivel personal**. Es normal hoy en día que una persona a los veinte años ya “haya visto más mundo” que el que se veía en toda una vida solo dos generaciones atrás. Esto suena como un avance, pues ciertamente viajar es algo que puede ayudar a abrir la mente. Pero, ¿somos por ello más sabios ahora que antes?



O quizá, más bien, tenemos una ignorancia y unos prejuicios “más viajados”. O lo que sería peor: creemos que sabemos más de otras realidades solo por haberlas visitado, en muchos casos únicamente como turistas fugaces. Más si cabe cuando el modelo actual de viajes turísticos pone su centro en vender experiencias al viajero-cliente y se interesa poco por el contexto real del destino y las condiciones de vida de su gente.

Quizá sea bueno cuestionarnos hasta qué punto *viajar más* supone de verdad *conocer más*. Porque a menudo, lo que se alimenta con estas experiencias es sobre todo la expansión del propio yo. Prueba de ello es la relación entre viajes y autoexposición en redes sociales, tan propia de eso que se ha llamado la “cultura del *selfie*”.



Enfoquémonos ahora en las consecuencias sociales y ecológicas de esta hipermovilidad, particularmente de la vinculada al ocio. A **nivel social**, aunque en nuestro contexto viajar por ocio ya no es, como en épocas pasadas, privilegio de las élites (se dice que se ha “democratizado”), sigue siendo algo selectivo: de hecho, personas con recursos económicos sobrantes y libres de responsabilidades familiares son las que más acceden a este tipo de viajes. Y si pensamos en clave global, el filtro es mucho mayor: se calcula que **solo el 4% de la población mundial cruza fronteras con fines turísticos**.

Pero además de que el negocio del turismo y de los viajes parte de una desigualdad estructural, la economía del turismo es generadora y amplificadora de brechas sociales. Por un lado, la precariedad laboral habitualmente asociada a las actividades turísticas, como la hostelería. Por otro, el impacto en las ciudades y barrios receptores del turismo masivo: es el fenómeno llamado **turistificación**, tan actual y generador de debates, conflictos y movilizaciones. El turismo acentúa aún más la mercantilización de la ciudad y, en las zonas más afectadas, tiende a expulsar a los vecinos y vecinas, especialmente si son de clases bajas, y a eliminar el comercio local, diluyendo la identidad propia de la comunidad.

No obstante, este rechazo creciente del turismo en nuestras ciudades a menudo conlleva una paradoja. Criticamos el turismo que nos viene, pero olvidamos el impacto del turismo que practicamos: *los que masifican son siempre los demás*. Como afirma el profesor José Antonio Donaire, experto en turismo, solemos ser “turistas odiadores de turistas”. Así, expone cómo Barcelona –paradigma de la turistificación– recibe diariamente 170 mil turistas, pero cada día en verano tiene 400 mil de sus residentes en otro lugar, haciendo turismo mientras se quejan de la masificación de su ciudad.

Finalmente, pero crucial: hay **razones ecológicas** que nos obligan a reflexionar seriamente sobre lo que supone esta fiebre de la movilidad asociada al ocio. Los impactos del turismo sobre el medio ambiente son fundamentalmente por dos vías: por un lado, el transporte; por otro, las infraestructuras y servicios para alojar y atender a los turistas. Considerando todo ello, **viajar es una costumbre que sale muy cara al planeta**, sobre todo por el uso del avión. Respecto al cambio climático, estudios científicos indican que **el turismo sería causante del 8% de las emisiones de gases de efecto invernadero**, una cantidad equiparable a la de los coches o la ganadería a nivel mundial.

Para reflexionar:

- Revisemos nuestras actitudes en el turismo y los viajes de ocio que practicamos, preguntándonos hasta qué punto consideramos sus consecuencias sociales y ecológicas. ¿En qué medida aplicamos principios de consumo responsable en nuestra forma de hacer turismo?
- A la hora de decidir el uso de medios de transporte, ¿incorporamos otros criterios, además de los del precio y la comodidad?
- Existen diversas herramientas online para calcular la huella ecológica de los desplazamientos, como [EcoPassenger](https://www.ecopassenger.org/) y [travelandclimate.org](https://www.travelandclimate.org/). Probemos a calcular el impacto de alguno de nuestros últimos viajes, o que tenemos previsto a realizar.

Para profundizar:

- Podcast: [Los que dejan de viajar \(Hoy en EL PAÍS\)](#).
- Artículo: [Un análisis crítico del turismo \(ecologistasenaccion.org\)](#).
- Entrevista: [Profesor José Antonio Donaire \(eldiario.es\)](#).
- Libro: *Estuve aquí y me acordé de nosotros*, de Anna Pacheco (2024). [Entrevista a la autora \(lavanguardia.com\)](#).



¿Qué es el flygskam?

El término surgió en Suecia y significa “vergüenza de volar”. Se refiere a la postura ética que rechaza viajar en avión por su elevado impacto ecológico. Un impacto que contrasta con las escasas críticas y limitaciones al sector del transporte aéreo hasta la fecha.

Quienes así se posicionan renuncian o reducen al mínimo el uso del avión, como forma de compromiso a favor del planeta. Es una corriente que se va extendiendo, con un innegable valor de testimonio y de llamada a la conciencia colectiva, para transformar los estilos de vida y las prácticas corporativas.